

## **La explotación resinera en la Sierra de Albarracín**

Anda por sus finales ya el mes de febrero. Mes canijo y corto, de un día peor que otro en el decir de las gentes, que este año también anda metido en nieves.

Se nota ya más largo el día y la inquietud de los lugareños al amor del fuego, de cara o de culo al sol en los carasoles, rascándose el cogote placenteramente ellos, ellas sacándose el cerote de los oídos mientras hacen media, por ir saliendo del largo invierno.

Que marzo está ya ahí a la vuelta de la esquina. Y en los claros que deja la nieve, este año llegada abundante como bendición del cielo, verdea ya el trigo. Y los depauperados pajarillos acuden contentos y golosos a picotear con avidez e impaciencia las jugosas brizas; buscan el hálito con que terminar ese durísimo invierno que les dejó exhaustos, pagando tantos con su vida, alto tributo que se repite una y otra vez indefectiblemente en estos inviernos serranos y como signo evidente, inequívoco, de una naturaleza viva, agresiva, que no repara en cobrar.

Así el tiempo sorprendía siempre a los mismos y sufridos espectadores. Siempre igual, estoicos, imperturbables, que en su inmensa pequeñez lo mismo no acertaban a comprender nada que pretendían saberlo todo.

Y el otro protagonista de por allí, el omnipresente pino que todo lo invade, se deja mecer tranquilamente, descansando, por la gélida brisa serrana que le hace olvidar. Se repone así, durante unos meses, el denostado pino, de las gravísimas lesiones que le causaron en la fenecida campaña.

Lugareños y pinos de esta tierra hostil que apenas da, ambos se afanan y se aferran cada vez más a lo que es suyo, resisten por igual en la feroz lucha por la subsistencia.

Hay en esta ceremonia que la vida obliga a celebrar, una mezcla por igual de amor y odio, consustancial con los protagonistas, los hombres y los pinos, eternamente elementos activos y pasivos en esta larga oración que conjuga más que dones sacrificios.

### **Fases de la explotación resinera**

El conjunto de labores a realizar en la explotación de la resina eran básicamente seis, en un periodo de ocho meses, comprendidos de marzo a octubre.

Consistían estas labores en: derroñar, clavar, picar, barrascar, remasar y transporte, todas ellas atendidas por un conjunto de personas muy heterogéneo y variopinto, procedentes en su mayor parte de pueblos con pinares productores de resina –en este caso que nos ocupa del pueblo de Bezas- y otros limítrofes, Rubiales, Gea de Albarracín, Saldón, Tormón y otros. Llegaban también resineros de otras provincias, Cuenca y Guadalajara.

Constituían ya verdaderas sagas algunas familias de ellos, especialmente los que llegaban de fuera, residentes en unas magníficas casas –hoy en ruinas vergonzosas- situadas en La Mina, El Saltillo, El Ojuelo en Dornaque, Valdepesebres, Dehesas Nuevas, etc. Las familias resineras del pueblo no vivían exclusivamente de la resina, atendiendo también a los trabajos agrícolas y ganaderos.

Cuántos recuerdos vividos nos quedan de todas aquellas gentes maravillosas, de dentro y de fuera del pueblo, desperdigadas hoy por mil destinos diferentes y a quienes, estoy seguro, tanto encantaría leer este humilde artículo.

Anécdotas y pasajes podríamos contarnos mutuamente, de nuestra vida de agricultores y resineros, en aquellos tiempos tan heroicos donde el vivir cotidiano representaba un esfuerzo increíble y sin embargo se hacía con tanto cariño.

### **El derroñe**

Daba comienzo este primer trabajo del ciclo allá por el mes de marzo, cuando todavía el pino se encuentra en el letargo impuesto por el invierno. Así el daño que se le infringe es menor, porque la carencia de calor impide una mayor sangría de resina.

Consistía este trabajo en quitar la toza del pino, comenzando por la base el primer año del quinquenio, en una extensión de unos 50 ó 60 centímetros, con un hacha normal de leñador, haciendo una hendidura plana y profunda junto al suelo, donde después se clavaría una grapa u hojalata curva para conducir la resina al cacharro o macetilla de barro. En años posteriores se usaba una herramienta curva que dejaba la superficie más fina.

Este trabajo el primer año era penoso, muy duro y desagradable y también el quinto año, uno por estar junto al suelo y el otro por estar muy alto, cada uno presentaba sus dificultades propias y diferentes, que los hacían comunes en el sufrimiento. Superficies con toza gruesa y dura, ramas y nudos teosos que era preciso eliminar, con los vientos, aguanieves, fríos intensos de la estación, que hacían tan desagradable el trabajo, donde el resinero presentaba un aspecto

bastante lamentable, tragando el polvo rojizo y áspero que se produce al cortar la toza; con los nudillos de las manos sangrantes, la comisura de los labios y lagrimales de los ojos enrojecidos y llenos de polvo.

Las medidas de seguridad en el trabajo eran bastante escasas, casi inexistentes, limitándose casi exclusivamente a unas toscas gafas que se empañaban constantemente. De este trabajo y de los otros, como iremos viendo, se salía ileso casi milagrosamente.

### **El clavado**

Al finalizar la labor del derroñe –algunos resineros lo hacían todo a la vez– se procedía al clavado, consistente en clavar una hojalata curvada –llamada grapa– sobre la cara del pino.

Este trabajo era relativamente sencillo, pero su ejecución tenía peligro y riesgo, al manejar herramientas desagradables y hostiles, como era el grueso mazo de madera de carrasca y una media luna bien afilada. El aprendizaje se salvaba enseguida, pero luego prevalecía la técnica del buen resinero que hacía el trabajo menos peligroso y duro y más efectivo y descansado.

Ya queda entendido que el primer año se clavaba junto al suelo y la posición no era propicia al lucimiento técnico, por el gran riesgo que entrañaba que el mazo en su trayecto pudiera tropezar con un obstáculo en el suelo, desviarse y dar en la mano del resinero, dando lugar a que los tacos del resinero fueran más gruesos que el propio ruido del mazo.

Este trabajo había que hacerlo muy bien, ya que una grapa mal clavada, defectuosa, ladeada, abollada o cortada, podía mermar después la recogida de la resina.

Bien pertrechado el resinero, en la mano izquierda la media luna, en la derecha el mazo y la tenaza, en el cinto un manojo de hojalatas haciendo gancho y en una bolsa de tela una buena cantidad de puntas –sin cabeza, para evitar el hurto–, andaba de pino en pino, cebaba de un pequeño golpe la media luna y después, pam..., pam..., un par de fuertes y limpios mazazos servían generalmente.

Trabajo curioso este del clavado, si le buscamos un poco de filosofía, mediante el cual los resineros parecía que trataban de marcar su propio territorio de trabajo, en una leal competencia, con ese pam..., pam..., al que el vecino siempre correspondía.

En las mañanas frías y tardes opacas de aquellas incipientes primaveras. Durante los ventosos y gélidos días, confortaba oír aquellos limpios mazazos del resinero que estaba preparando su lote con tanto afán. Solo la oscuridad ponía fin al trabajo del día.

Un último pam..., pam..., no transmitía al lejano oyente que lo escuchaba el menor síntoma de agotamiento del sufrido resinero, pero devolvía la paz al monte. Se hacía rápidamente el más impresionante silencio y solo los elementos naturales tomaban el relevo, la abundante fauna revivía, ocupaba los espacios del resinero.

### **La pica**

Picar se denominaba al trabajo consistente en hacer incisiones periódicas en el pino, por donde había de fluir la resina hasta llegar al cacharro, mientras la herida estaba fresca, influenciada especialmente por la climatología ambiental, el calor sobre todo.

El comienzo oficial de la pica, en la campaña resinera, era sobre finales de marzo o primeros de abril. El primer año del quinquenio requería un mayor sacrificio si cabe, pues había que adoptar posturas muy incómodas, ya que las incisiones comenzaban en la misma base del pino y junto al suelo.

El hacha o gubia era en este primer año gruesa y pesada, con mango muy corto y se sujetaba fuertemente con ambas manos, los índices sobre el mocho actuando de elementos timoneros, presionando para mejor dirigir el artilugio, ejerciendo control sobre el corte a efectuar en el pino.

En semejantes posturas de incomodidad como tenían que adoptarse, era frecuentísimos los golpes en vacío, que se saldaban generalmente con roturas y arrancamiento de grapas, portillos en el filo de la gubia que era preciso restaurar pacientemente y en el mismo lugar de la avería.

Para las labores de restauración y arreglo de la gubia, el resinero llevaba siempre consigo un pequeño asperón y una piedrecita de laja negra para sacar el filo, que solía mojar con su propia saliva cuando no había agua a mano.

Los nudillos de la mano izquierda sobre todo, eran testigos constantes este año de los golpes en falso de la gubia, que producían abundantes heridas superficiales, curadas siempre con saliva y resina, no había otra cosa en esos momentos.

La postura que el resinero adoptaba este primer año era de lado izquierdo hacia el pino, rara vez de frente, haciendo la incisión de derecha a izquierda, casi horizontal, para lo cual solía adoptar posiciones raras, genuflexiones grotescas. Por eso resultaba el trabajo tan pesado este primer año.

El buen resinero, o al menos el veterano, tenía siempre soluciones a cada caso y salía airoso, tanto en este primer año del quinquenio como en los siguientes que no eran tan trabajosos.

La cara del pino ascendía cada año y desde el segundo hasta el tercero el trabajo resultaba más llevadero en todas sus fases. Las hachas cambiaban un poco de forma, se alargaban los mangos y se cuidaba mejor el filo; se conseguían virutas más largas y limpias – nosotros las llamábamos tedetas-, donde con frecuencia quedaba como denuncia pública la buena o regular técnica del resinero.

Los años cuarto y quinto ya eran también duros. Las gubias pesaban menos, eran de corte más vertical y el trabajo se hacía a tirón, colgándose el resinero prácticamente del mango. Por eso las hachas tenían que estar tan bien afiladas y constituían un gran riesgo para el resinero, con su larguísimo mango que tanto molestaba para andar entre la maleza del monte.

Como anécdota diré, que la gubia estaba bien afilada para el resinero exigente, cuando éste podía afeitarse con su filo el vello de las piernas.

### **Cara del pino**

La cara del pino tenía que subir siempre vertical y en los pinos que no era posible, la resina se conducía mediante incisiones laterales y colocación de obstáculos o hendiduras para dirigir la resina al cacharro. No obstante, hay que reconocer que se perdía muchísima resina en su curso normal hacia el cacharro, pero sobre todo por las tormentas de verano que causaban auténticos estragos en la economía del resinero, que trabajaba siempre a destajo y según la miera obtenida en la campaña.

Se seguía cierta ortodoxia y control de los trabajos en todas las fases del proceso extractivo de la resina. Por consiguiente es obvio suponer que el resinero era una persona profesionalizada y todos acataban con bastante rigor las disposiciones emanadas de los organismos oficiales competentes, transmitidas al resinero directamente por los guardas que tenían las fábricas resineras desplazados en los centros primarios de producción, vigilados igualmente por los agentes forestales.

El trabajo de picar era en cierto modo, al menos en los pinares de Bezas que tan bien conozco, muy escabrosos casi todos, muy peligroso, al llevar siempre consigo esa herramienta tan afilada, siendo frecuentes los accidentes, leves casi siempre, pero alguno también de suma gravedad.

Era frecuente que se te viniese encima un cacharro lleno de resina que te ponía como un cristo y tenías que imaginártelas como buenamente podías –y siempre podías– para seguir trabajando. Luego por la noche en casa, la saborina sólida se encargaría de dar lustre al resinero, quitándole todo el pringue recibido durante el larguísimo día de trabajo.

Lo normal era dar una pica cada semana, 7 días aproximadamente. Es decir, el resinero recorría todo su lote de pinos en cuatro o cinco días, descansando el resto o dedicándolo a otras labores. La media bastante normal de pinos picados cada día era de unos mil, si bien había excepciones, dependía mucho de la profesionalidad del resinero, su pulcritud en el trabajo, el cuidado de la gubia, si madrugaba poco o mucho, si tenían medios de locomoción para ir al monte, –llámese bicicleta– y un largo etcétera.

#### **La remasa.**

Cada cuatro o cinco picas que daba el resinero picador, sobre un mes más o menos, se procedía a la recogida de la resina. Esta labor era realizada por cuadrillas de remasadores de 6 ó 7 hombres.

El trabajo del remasador era durísimo también, muy penoso y consistía en sacar la resina del cacharro con una paleta, echarla a una lata de unos quince kilos de capacidad, más o menos y transportarla al muelle o lugar improvisado donde estaban las cubas de madera como las de vino, en aquellos tiempos.

Estas cuadrillas eran generalmente muy expertos, con ganas de trabajar y ganar dinero, pues ya entonces ganaban un buen jornal, mucho más que el resinero picador. El trabajo era muy simple y primario, lo más importante era tener una buena fortaleza, ser diligente, tener sentido de responsabilidad y compañerismo, pero ser astuto y no dejarse pisar por comportamientos agresivos de los compañeros. Al trabajar en equipo había que seguir el ritmo impuesto, que era siempre muy vivo; había que llenar cuanto antes la lata y salir veloz hacia el lugar de las cubas, vaciarlas rápidamente para tener más tiempo que descansar hasta que todos hubiesen llegado; eso era muy importante, pero no había que abusar; respetar las reglas del juego era sagrado, porque aunque severas eran para todos igual y el jefe de la cuadrilla, por lo general un fornido veterano, solía imponer orden a los menores atisbos de deslealtad entre compañeros de trabajo.

Se manejaba la paleta con la mano derecha, que se mantenía siempre seca para evitar lesiones y las temidas burras o ampollas; para

evitarlo siempre llevaban en el bolsillo buena provisión de serrín fino como harina, que las orugas producían en los tocones de los pinos.

Con el brazo y mano izquierdo se manipulaba la resina, cargando la lata sobre el hombro izquierdo, evitando que al sujetarla por encima de la cabeza con el brazo se manchasen de resina, pues el derecho se mantenía limpio.

Aun en el monte más escabroso y difícil, apenas se daban confusiones de límites entre lotes de diversos resineros. Estos lotes estaban separados por los cortafuegos siempre que era posible y en otros sitios por señales muy visibles en los pinos y por mojones puestos por el resinero. Pero en todo caso y para posibles dudas, el propio picador acompañaba a los remasadores la primera vez y les mostraba esos límites; luego ya no era precisa su intervención y desde luego cada resinero recibía su propia resina.

Así se procedía unas cuatro veces en la campaña y la última, la del barrasco quedaba para hacerla el propio picador, por ser ya en época otoñal, paliando también la menor miera recolectada con el pago que la fábrica le hacía por actuar como remasador.

### **El transporte.**

En la labor del transporte de la resina intervienen dos medios mecánicos, el de tracción animal mediante carros y el de tracción mecánica.

El primero transportaba las cubas del monte a los muelles de carreteras, el segundo, mediante camiones, las llevaba a las fábricas de Teruel.

Muy conocidos en nuestros pueblos resineros y en el propio Teruel, eran los carreteros de la zona productora de la Sierra de Albarracín, los mismos durante tantísimos años, hasta que una decisión no sé si bien meditada, dio al traste con la explotación resinera, con todo lo que suponía de riqueza para esos pueblos, golpe mortal para el pueblo de Bezas del que ya no se ha recuperado.

El carretero de la resina utilizaba para transportar las cubas un carro grande maderero muy fuerte, capaz de andar por los caminos más impensados; este carro estaba provisto de bastidor largo sobre el que se cargaban las cubas para llevarlas a los muelles.

En la actualidad, con la degradación de las costumbres y de los medios físicos de los montes que antes eran explotados, resulta harto difícil convencer a los espectadores circunstanciales y curiosos, tanto de la propia tierra como ajenos a la misma, de que por aquellos lugares y caminos circulaban aquellos heroicos carreteros, con

enormes carros cargados de cubas y tirados casi siempre por mulas guiñosas. Pobres carreteros y pobres mulas, qué cantidad de sufrimientos soportaron.

Maestros consumados y sabios aquellos padres carreteros de la resina de Bezas. Alumnos sobresalientes sus hijos y nietos, perdidos a diario por aquellos enormes y bucólicos cañones y desfiladeros. Con la alegría siempre a flor de labio y hecha copla y taco de bueno y fino carretero que no conocía imposibles, al ritmo penetrante y larguísimo del canto inconfundible de los ejes del carro, que retumbaba en los confines de sus feudos laborales.

Y otro canto de alabanza por méritos bien ganados, un cariñoso recuerdo al camionero de la resina, que en Bezas echó raíces, para rumiar resignadamente tantos recuerdos de una época en que mi pueblo, Bezas, gracias a la resina y por la resina vivió días de un gran esplendor, dentro, claro está, de lo que existía por la zona.

#### **Como recuerdo final.**

La sana sensación que inspira la simple contemplación de aquellos impresionantes y entrañables, bellos paisajes, hoy fríos, desheredados del calor humano diario, hace que acudan a mi mente muchos y lejanos recuerdos.

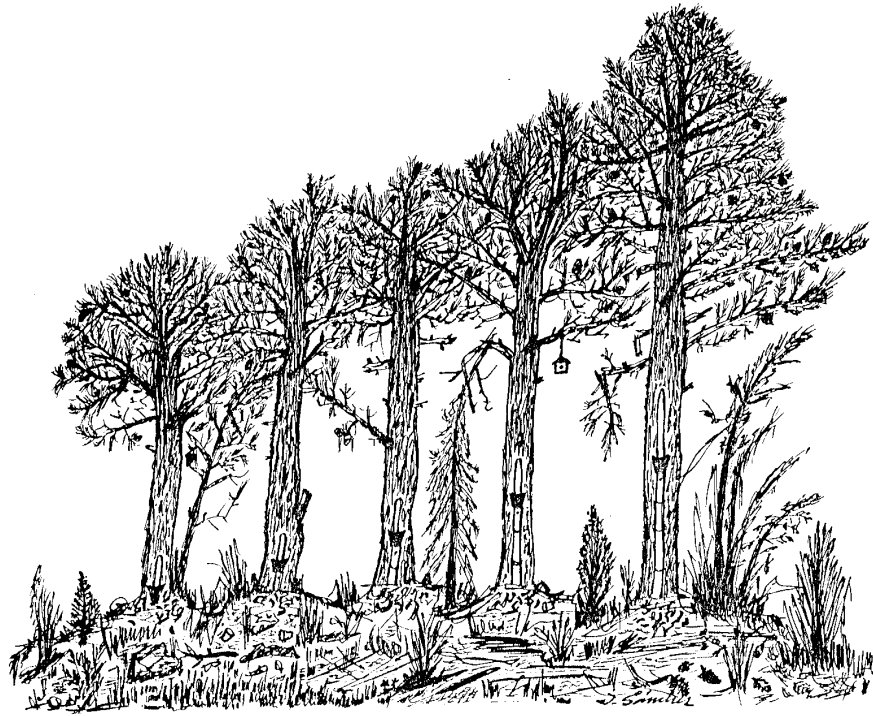
Un larguísimo rosario de padecimientos y calvarios, sufrimientos sin fin del resinero, siempre soportando con alegría digna y encomiable, con infinita paciencia, con forzosa resignación.

Canciones sin cesar en los labios de hombres sencillos y buenos, que durante muchos lustros los frecuentaron, encontraron en el penoso y redentor trabajo el sustento diario.

Cabe pensar que hoy los frutos no fueran los mismos y el trabajo prodigase mayores complacencias y satisfacciones, si aquel mal recordado día alguien no hubiese tenido la idea de cerrar las explotaciones resineras, para ruina de una pequeña comarca y de sus hombres.

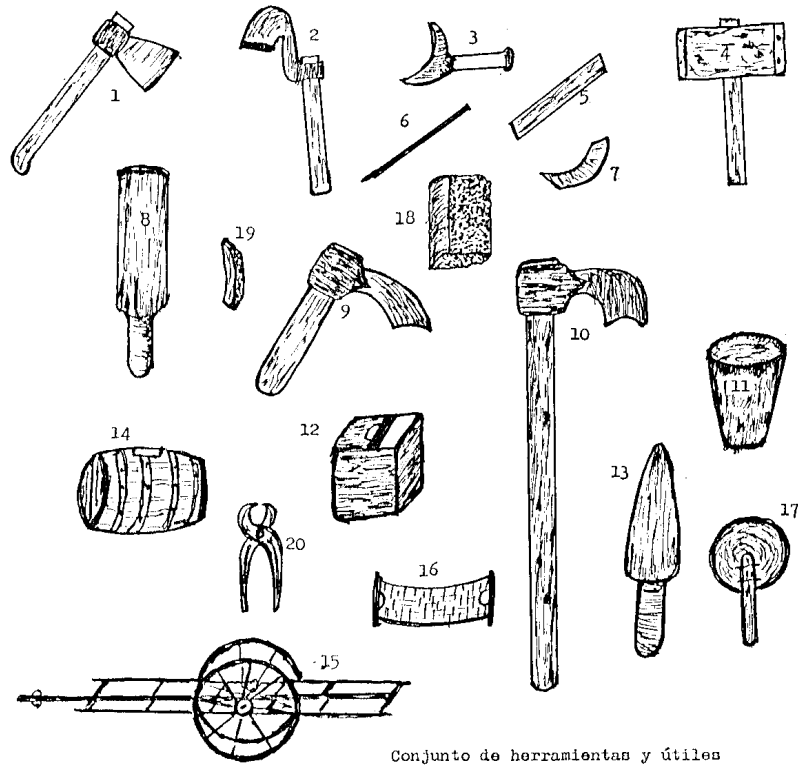
A pesar de todo, ahí están aún nuestros viejos montes, ahí están aún nuestras viejas huellas.





"Cinco pinos rodenos resineros, con demostración de las distintas fases de resinación, del primero al quinto año".

*Dibujo a plumilla de J. Sánchez.*

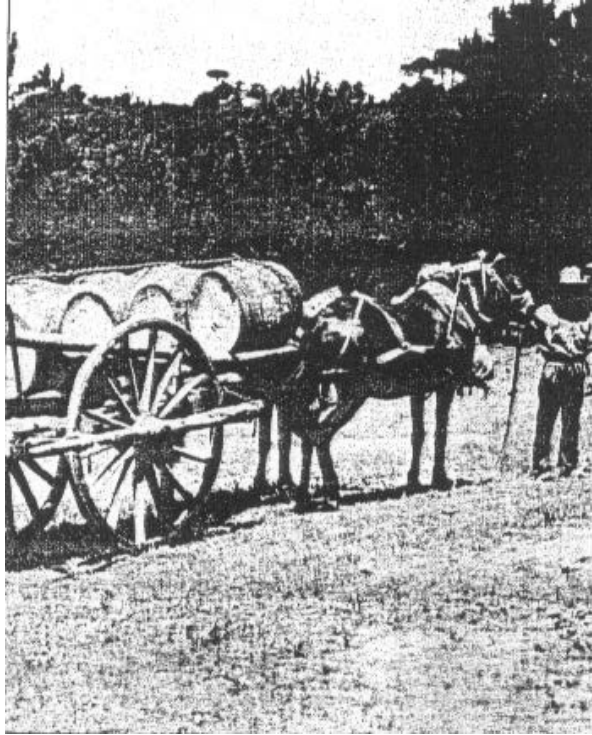


Conjunto de herramientas y útiles de trabajo usados en la explotación resinera.

*J. Sánchez*

- 1) Hacha común de leñador. 2) Herramienta que se usaba para derroñar, de hoja curva. 3) Media luna, para clavar la grapa a la cara del pino. 4) Mazo pesado para clavar la media luna. 5-7) Grapa de hojalata, plana y curvada. 8) Maza para clavar la media luna, 4º y 5º año sobre todo. 9) Gubia para picar el pino, años 1º, 2º y 3º. 10) Gubia para picar el pino, años 4º y 5º sobre todo. 11) Maceta, cacharro, para recoger la resina directamente del pino. 12) Lata para recoger la resina del cacharro, el remasador, y llevarla a la cuba. 13) Paleta plana, recta, especial para sacar la resina del cacharro a la lata. 14) Cuba o barril para recoger la resina y transportarla a la fábrica. 15) Carro maderero, con suplemento especial para cargar las cubas y llevarlas a los muelles de carga de los camiones. 16) Estera o mandil para poner en el suelo durante la labor del barrasco. 17) Paleta para tapar el cacharro mientras se pica el pino y evitar que caigan tozas o virutas. 18) Asperón, piedra arenisca especial para afilar la gubia. 19) Laja o piedra fina especial, que se usaba para sacar el filo a la gubia. 20) Tenaza común, para arrancar grapas y puntas en la preparación del pino, a principios de la campaña.

*Dibujo a plumilla de J. Sánchez*



Lugareños y pinos de esta tierra hostil que apenas da, ambos se afanan y se aferran cada vez más a lo que es suyo, resisten por igual en la feroz lucha por la subsistencia



La cara del pino tenía que subir siempre vertical y en los pinos que no era posible, la resina se conducía mediante incisiones laterales y colocación de obstáculos o hendiduras para dirigir la resina al cacharro